

LO SAGRADO Y LO DIVINO EN LA POESÍA DEL SIGLO XX. UNA ANTOLOGÍA. (PRÓLOGO PERSONAL)

Leopoldo Cervantes-Ortiz

Signos de Vida, núm. 24, junio de 2002, p. 47.

¿Poesía de tema religioso en el siglo XX? Sí, y abundante, a pesar de las profecías acerca de la desaparición de lo religioso en la vida humana. Creyentes o no, muchos poetas siguen dedicando su tiempo y sus energías para hurgar en el misterio de lo sagrado, acaso por su estrecha y antigua cercanía con la poesía. Utilizando irónicamente el lenguaje religioso, cuestionando de raíz las creencias o haciendo pública profesión de fe, los poetas siguen evidenciando que el tema no se agota y que la preocupación por la trascendencia, por el origen, es universal.

La presente antología quiere dar testimonio de tal búsqueda y preocupación al mostrar cómo, desde el modernismo militante de Rubén Darío y la expresión genuinamente oriental de Rabindranath Tagore, hasta las voces más desencantadas de la poesía latinoamericana y europea, pasando por los efluvios esperanzados de Rilke y Lanza del Vasto, por los lancetazos de Paz, por la inclemente ironía de Nicanor Parra, o por los gritos desesperados de Alejandra Pizarnik, el hilo religioso se diversifica ampliamente.

La poesía, en muchos de estos casos, es oración militante, en otros, latente, y en otros más, abierta blasfemia. Pero en todos ellos, Dios o lo sagrado constituyen una referencia inevitable. De este modo, a los lamentos exaltados de León Felipe, contemporáneos de la poesía casi confesional de Paul Claudel, le siguen los salmos actualizados de Ernesto Cardenal, un poeta-creyente sui generis, que no ha dudado en acudir a la palabra bíblica para transformarla y obligarla a que transmita las experiencias humanas actuales, en el límite de la poesía panfletaria, para después asumir un tono místico y descarnado. Unamuno y Machado, por su parte, escriben desde una fe atormentada por la incomprensión de las instituciones eclesíásticas, dominadas tercamente por el dogmatismo. Yeats y Lubicz Milosz asumen la tradición religiosa y la filtran con elementos propios de una fe más universal y menos situada en un espacio confesional. Otros poetas, como Arghezi, Blaga, Supervielle o Ungaretti, se dirigen a un dios que no ha podido garantizar su existencia, pero que sigue ahí como un gran oído que tal vez esté dispuesto a escuchar sus ruegos. Quasimodo, por su parte, se dirige a un dios personal de una manera intimista.

Pessoa, en voz de Alberto Caeiro, arremete contra las doctrinas y se solaza en un panteísmo gozoso de corte franciscano. Mandelstam, Tsvietáieva, Brodsky y Evtushenko, en el ámbito ruso, hablan de Dios con un dejo de ironía vital culta manchada por las inclemencias de la historia. Algo similar llevan a cabo Cummings y Alberti, con menos solemnidad, pero con una fuerte dosis de sarcasmo. En otra zona geográfica, Benedetti, Gelman y Dalton asumen lo religioso desde una fe transfigurada. Juarroz hace lo propio mediante un desdoblamiento de la voz poética que no teme sumergirse en la otredad. Las espiritualidades judía y ortodoxa pueden ser vistas a trasluz en la poesía de Amijái y Elitis. Con un fuerte trasfondo religioso ambos, transmiten su herencia transformada, el primero con un fuerte reclamo hacia la fe recibida, y el segundo con un mundo mitológico riquísimo que acude a los símbolos para enriquecer su lenguaje y visión.

Dentro de la poesía militante, tal vez sea Eliot (cuándo no) quien mejor expresa la contradicción de una fe sabedora de que el mundo ya no es el mismo, de que la experiencia estética no puede estar al servicio de una propaganda, pero que no puede dejar de contener *las voces del misterio*. El mártir alemán Bonhoeffer, escribiendo desde las mazmorras nazis, anticipó con su poesía teológica algo que W.H. Auden rescató en su obra: una mirada creyente después de los horrores de la guerra. Lanza del Vasto y Thomas Merton, desde la trinchera de una fe consolidada, celebran la presencia de lo sagrado en el mundo. Milosz, Xirau y Heaney cantan su cristianismo sin vanas ilusiones.

En el ámbito latinoamericano, la poesía descarnada de Vallejo manifiesta claramente sus antecedentes religiosos cristianos y paganos. Gabriela Mistral transfigura su experiencia personal en unos versos sinceros y transparentes. Dulce María Loynaz, con un lenguaje sencillo hasta el colmo, trasluce la vivencia de una fe largamente sedimentada. Borges, Lezama Lima y Gorostiza aplican la inteligencia poética a la temática de Cristo, la Virgen y Dios de una manera ejemplar, habiendo aprendido la lección de sus mayores. Jorge de Lima y Murilo Mendes celebran su fe y la expresan con vehemencia. Casaldáliga, un obispo-poeta transterrado, dentro de la mejor tradición hispánica —que ha dado como frutos, entre otras cosas, toda una serie de padres nuestros latinoamericanos—, le da voz a una de las corrientes más vivas del cristianismo actual, sin cerrar los ojos a las angustias y esperanzas de los pueblos oprimidos. Finalmente, Adélia Prado escribe unos poemas donde lo divino se expresa en un lenguaje directo y no exento de ternura.

En suma, lo religioso sigue estando muy vivo en la poesía contemporánea, y no sólo como asidero ante los nuevos tiempos, sino como desafío, vivencia y expectativa de un mundo mejor.